GRUPO DE ESTUDIOS DEL TUCUMAN
"FRAY PETIT DE MURAT"

Camino de la Cruz

fray Mario José Petit de Murat

GRUPO DE ESTUDIOS DEL TUCUMAN
"FRAY PETIT DE MURAT"

Camino de la Cruz

fray Mario José Petit de Murat

San Miguel de Tucumán
1987

AL LECTOR

Publicamos aquí, bajo el título *"Camino de la Cruz"* —traducción fiel del latino "via crucis"— dos trabajos de fray Mario José Petit de Murat.

El primero, una meditación sobre el "Via Crucis", es una de las tantas predicaciones que él hiciera de esta venerable devoción, durante su sacerdocio y desde el púlpito, en los recogidos días de la Semana Santa.

El segundo trabajo, "Soliloquio en la VIII" Estación del Via Crucis", ahonda de manera singular en las dimensiones del anterior, con el aire de una poética y sagrada contemplación.

La imagen de la cubierta, reproduce el detalle de un Cristo crucificado, y es obra que supo realizar sobre una cruz de madera, el mismo fray Petit de Murat.

Un puñado de buena gente nos ha ayudado para editar este libro: Dios los bendiga.

VIA CRUCIS

INTRODUCCIÓN

La Pasión de Cristo tiene que ser nuestro libro, tiene que ser el libro. Debemos nosotros meditarlo no tan sólo el Viernes Santo sino siempre, porque de allí vamos a recibir toda noticia cierta acerca de todas las cosas, sobre todo de esos dos extremos: Dios y hombre. Extremos distanciados al máximo por una distancia infinita por la culpa —no sólo por la condición de creatura del hombre, por la cual ya hay una distancia infinita para con Dios— sino por la culpa. Ubiquémonos en nuestro lugar. Nosotros estábamos con respecto a Dios en un doble abismo, pasivos ante Dios por cuanto somos creaturas y adversos de Dios por cuanto somos pecadores. No pecadores por un pecado, sino porque nos hicimos "el pecado" con aquel pecado original.

Otra cosa que tenemos que meditar siempre: más que nuestros pecados personales —entonces caeríamos en una visión muy limitada del pecado— tenemos nosotros que meditar el pecado original que es el que nos ha hecho pecado, adversos a Dios.

El pecado original es una conversión espantosa hacia la creatura, lo cual significa todo un movimiento del alma contrario a Dios. De tal manera que la esencia de todo pecado es una aversión a Dios. Y como nosotros estamos predispuestos —esa conversión a la creatura es habitual, y se libran de ella sólo los santos— entonces el cristianismo se plantea como una lucha heroica dentro de nosotros mismos, ante todo, porque descubrimos en la Revelación, por la Pasión de Cristo, lo espantoso que es el pecado y cómo la fuente del pecado está dentro nuestro. Por eso el Señor, ahí lo veremos en la VIII[a] estación del Vía Crucis, les dijo a las mujeres: *"No lloréis por mí sino por vosotras y por vuestros hijos"*, porque llorando la llaga esa esencial que llevamos nosotros, lloramos verdaderamente la Pasión de Cristo, por cuanto la Pasión de Cristo no es más que el efecto de esa llaga sobre Aquel hombre verdadero que se sometió a todo eso para mostrarnos en su figura visible —ya que nosotros no creemos nada más que en las cosas que vemos— nuestro estado interior. Entonces, si nosotros queremos ver la hora actual, tenemos que ir a la Pasión de Cristo: si queremos ver la hora de ayer, tenemos que ir a la Pasión de Cristo; si queremos barruntar la hora de mañana, tenemos que ir a la Pasión de Cristo.

La Pasión de Cristo, como pasión de hombre que padece, es inmensa. Dice Santo Tomás de Aquino que a Cristo no le dolían los sentidos ni los nervios, sino que a El le dolía su alma en una totalidad de dolor.

De tal manera, entendamos bien, es verdad que la Pasión de Cristo fue crudelísima; quizá ningún hombre ha padecido físicamente lo que padeció Cristo, porque Cristo quiso apropiarse de un dolor total, del dolor de todos los hombres.

Ahora bien, Cristo fue la honestidad perfecta. Entonces, como hombre quiso pagar al Padre celestial, toda la deuda del hombre, y la pagó toda. El con una gota podía haber redimido al hombre, bastaban sus méritos y su amor para con esa gota

redimir a todos los hombres. Pero no, El quiso identificarse con nosotros. Así, entonces, hay dos encarnaciones en Cristo, fue Hijo del Hombre de dos maneras.

Una encarnación en la generación de los justos y en su cumbre, en su corola de apogeo que es la Virgen María, y esa encarnación fue de delicias. Su característica fue la ansiedad del Mesías y todo lo ordenaban a lograr esto: por eso el Señor profetizó: *"Ganarás el pan con el sudor de tu frente"*, ese pan, sobresubstancial, así lo ganaron los justos desde Abel hasta la Santísima Virgen. Es un ardor que va en aumento y ascendiendo. Y, entonces esa encarnación, la primera, es la típica, adonde nos quiere llevar a todos el Señor por las purificaciones que quiere operar en nosotros. Es decir, que la encarnación, la unión de la Virgen con el Verbo eterno, es lo que Cristo quiere consumar en todos. Hacia allí nos lleva, esa es la labor regenerante de la gracia en nosotros, que lleguemos a ser semejantes a la Santísima Virgen, a ser morada del Verbo eterno como lo fue María. Ahí estará la beatitud nuestra. Ese es el Cielo.

Pues bien, como Cristo quiere consumar también la encarnación en nosotros, vino a buscarnos también a nosotros. Y como El es la luz de la sabiduría infinita, al entrar en nosotros el Verbo eterno manifiesta nuestro estado y entonces lo vemos como en una descomposición horrible. Viene a buscarnos a nosotros y nos encuentra deformes y se mete allí y padece lo que padece; le damos lo que tenemos y de esa manera es también Hijo del Hombre.

¡Qué perfectamente bien hace las cosas Dios! Se propuso encarnarse y se encarna, se encarna sin excepción, se encarna en todos: en la generación de los justos, produciendo ya de inmediato el paraíso —porque son creaturas ya acondicionadas para recibir al Mesías— y en nosotros que tenemos esta aversión en nuestra naturaleza, padece lo que padece. Padece todas nuestras llagas, se encarna y se recubre con ellas, es decir, le damos nuestra figura. Así como la Virgen le dio su figura y fue el más hermoso de los hijos de los hombres, así nosotros, en esta hora, le damos nuestra figura, nuestra semejanza, y se convierte en ese gusano espantoso llagado de arriba a abajo, afeado de los pies a la cabeza. Allí nos manifestamos nosotros, allí es nuestro hijo y así es totalmente el Hijo del Hombre, el hijo de ambas generaciones.

Todo, todo, se debe ir a buscar a la Pasión de Cristo. Si quieres conocer a Dios, su bondad, su misericordia, imaginaos qué misericordia es esa que siendo El inaccesible para nosotros, estando a una distancia infinita por esa doble distancia que ya he explicado —la distancia del solo hecho de ser creatura y la distancia de la aversión que implica el pecado— es El el que viene a buscarnos y viene a ocupar nuestro lugar y a darnos aquel Reparador, aquel Mediador que nosotros no podemos tener por nosotros mismos. El mismo se constituye en el Reparador de nuestros vicios.

Dejemos el falso concepto de misericordia que está en boga. Dios es misericordioso, viene a buscarnos y nos da el Mediador que necesitábamos, el Mesías, pero, sin embargo, no por eso niega la justicia. Es un Mesías que va a reparar la justicia, que va a satisfacer a la justicia. La misericordia no niega la justicia, al contrario, la afirma. Y así podríamos seguir conociendo a Dios, en todos sus atributos, mirando la Pasión de Cristo.

He encontrado, hecha por un médico, una reconstrucción del aspecto físico de la Pasión de Cristo, realmente admirable. El aprovecha su condición de cirujano para poder compenetrarse del dolor corporal de Cristo. Es sencillamente horrible, y como él mismo dice: *"La Pasión de Cristo es abominable"*. No la miremos tal como la ven los artistas, los pintores y los escultores que no pueden suprimir o renunciar en absoluto a la concepción divina que tienen de Cristo y siempre la embellecen con la presencia de algún trasunto de su divinidad. En cambio este cirujano que conoce íntimamente las reacciones de los nervios, de las fibras de los músculos, ha podido demostrarnos cómo ha padecido ese cuerpo inocentísimo. Es tremendo, es un ensañamiento, y uno dice: "Señor, mejor que nos condenemos, esto es atroz ¡lo que hemos costado!".

Saquemos esa conclusión, hemos costado una cosa espantosa: así que, si pecamos somos directamente unos infames. Dice San Pablo: *"Gran precio habéis costado"*, *..."llevad hasta en vuestros propios cuerpos el signo de Cristo"*, no sólo en el alma sino también en el cuerpo.

Miren cómo describe la flagelación:

"Lo desvisten y lo atan desnudo a una columna del atrio, los brazos estirados hacia arriba y las muñecas atadas. La flagelación se hace con tiras múltiples de cuero sobre las cuales están fijas a cierta distancia de la extremidad libre dos bolillas de plomo o de hueso. [Al menos a este género de flagelación responden los estigmas del Santo Sudario de Milán en el que se basa para reconstruir la Pasión].

El número de golpes está fijado en treinta y nueve por la ley hebraica, pero los verdugos son legionarios y dan hasta el límite del desmayo. De hecho, los huellas del Santo Lienzo son innumerables y casi todas sobre la parte posterior del cuerpo. La parte delantera está contra la columna y se ven las huellas sobre los hombros, la espalda y las caderas. Los golpes del látigo caen sobre los muslos, sobre las piernas, y allí las bolillas de plomo rodean los miembros dejando sus marcas hasta en la faz delantera.

Los verdugos son dos, uno de cada lado, de talla desigual, lo que se deduce de la orientación de las huellas del Santo Lienzo. Ellos golpean a golpes redoblados hasta el cansancio. A los primeros golpes las lonjas dejan largas huellas lívidas, largas equimosis azules subcutáneas. Recuérdese que la piel ha sido alterada, dolorida, por miles de pequeñas hemorragias intradérmicas del sudor de sangre. Las bolillas de plomo se introducen más. la piel infiltrada de sangre, ablandada, se hiende bajo los nuevos golpes, la sangre brota; jirones se desprenden y cuelgan. Toda la superficie posterior no es más que una llaga roja sobre la cual se destacan grandes surcos jaspeados, y por aquí y por allí, por todos lados, llagas profundas debidas a las bolillas de plomo que son las que se imprimirán en el Santo Sudario.

A cada golpe, el cuerpo se estremece de un salto doloroso. Jesús no ha abierto la boca y este mutismo redobla la rabia satánica de sus verdugos. Ya no es fría ejecución de una orden judicial; es un desencadenamiento de demonios. La sangre corre de los hombros hasta el suelo, cuyas anchas losas de piedra están empapadas, y se derrama en lluvia a causa de los látigos levantados, salpicando así las rojas clámides de los espectadores.

Pero pronto, las fuerzas del ajusticiado desfallecen, un sudor frío inunda su frente, la cabeza se marea con un vértigo náuseo: escalofríos le corren a lo largo del espinazo: sus piernas se doblan y si no estuviera atado a cierta altura por las muñecas, se desplomaría en el charco de sangre.

¡Ah, este gran tonto pretende ser rey como si hubiera reyes bajo las águilas romanas; y rey de los judíos todavía, el colmo del ridículo! Tiene desagrado de los suyos, nosotros seremos sus súbditos: ¡Pronto, un manto y un cetro!". Lo sientan sobre una base de columna, una vieja clámide de legionario sobre los hombros le confiere la púrpura real; una gruesa caña en la mano derecha y una corona. En diecinueve siglos será reconocido por esa corona pues ningún otro crucificado la ha llevado. En un rincón está un haz de leña espinosa, de esos arbustos que sirven para encender fuego. Es flexible y lleva largas espinas más agudas y más duras que las de la acacia. Las trenzan con precaución; es una especie de fondo de canasto que le fijan sobre el cráneo. Bajan los bordes y con un cordón de juncos torcidos le encierran la cabeza entre la nuca y la frente; las espinas penetran el cuero cabelludo y brota sangre. Nosotros los cirujanos sabemos cuánto puede sangrar un cuero cabelludo. El cráneo pronto estará pegajoso por los cuajos, largos chorros de sangre han corrido de su frente bajo el cordón de juncos y han inundado los largos cabellos ya enmarañados, llenando su barba. La comedia de la adoración ha comenzado; cada uno a su turno viene a doblar la rodilla delante de El con su atroz mueca seguida de un bofetón. "¡Salud, Rey de los judíos!". Jesús no responde, su pobre cara destrozada y pálida no se mueve. Exasperados los súbditos le escupen en el rostro. "No sabes empuñar tu cetro, ¡toma!", y cae un gran golpe sobre su sombrero de espinas que se hunde un poco más, y los puñetazos llueven. Uno de los legionarios, quizá recibió orden del Sanedrín, le da un gran bastonazo, oblicuamente, que le deja sobre la mejilla una horrible llaga contusa y

su noble nariz semítica deformada por una fractura de la arista cartilaginosa; la sangre corre de su nariz hacia su barba.

¡LA CRUCIFIXIÓN! Y siempre esta viga en equilibrio sobre su hombro que lo hiere con sus asperezas y que parece penetrar en El por la fuerza. Yo sé lo que es. Cuando hice mi servicio militar en el quinto cuerpo, he cargado durmientes de vías férreas bien cepillados y conozco esa sensación de penetración en un hombro firme y sano. El hombro de Cristo está cubierto de llagas que se reabren y se ensanchan y se ahondan a cada paso.

Jesús está agotado, sobre su túnica sin costura una mancha enorme de sangre va esparciéndose cada vez más y se extiende hasta la espalda. Cae de nuevo y su caída es más fuerte, la viga se le escapa. ¿Podrá levantarse otra vez? Felizmente un hombre de vuelta de su chacra, Simón de Cirene, acaba de pasar. Los soldados le obligan llevar la cruz, el buen hombre no se opone. Sólo queda la pendiente del Gólgota que subir y penosamente llegan a la cumbre. Jesús se desploma y la crucifixión comienza.

No es complicado. Los verdugos conocen su oficio: primero deben desnudar a la víctima. La vestimenta exterior es fácil de quitar; pero la túnica interior está pegada a sus llagas, a todo su cuerpo, y este despojo es sencillamente atroz. ¿Habéis jamás sacado la primera gasa puesta sobre la llaga contusa y secada en ella? ¿Habéis soportado vosotros mismos esta prueba que necesita a veces de la anestesia general? Si es así podéis saber de lo que se trata. Cada hilo de algodón o de lana está adherido a la superficie desnuda y cuando se la levanta arranca una de las innumerables terminaciones nerviosas puestas al descubierto; estos millares de choques dolorosos aumentan y se multiplican, acrecentando cada uno la sensibilidad del sistema nervioso. Pero aquí no se trata de una lesión local sino de casi toda la superficie del cuerpo, sobre todo de la espalda sensibilizada por la flagelación.

Los verdugos apurados trabajan con ahínco, puede ser que esto sea mejor. ¿Pero cómo es que este dolor agudo, atroz, no trae el síncope? Es evidente que, de un extremo a otro, Jesús domina y dirige su Pasión. La sangre chorrea de nuevo, se extiende sobre la espalda. ¿Le habrán dejado la estrecha faja que el pudor de los judíos conserva a los ajusticiados? Confieso que no lo sé. Ello tiene poca importancia, de todos modos con su lienzo El está desnudo. En las llagas de su espalda, de los muslos y de las piernas, se incrustan la tierra y pedacitos de piedras. Lo han puesto al pie del estípite apoyando los hombros sobre el patíbulo. Los verdugos toman las medidas. Un golpe de taladro para abrir los agujeros de los clavos y la horrible escena comienza.

Un ayudante alarga uno de los brazos, con la palma de la mano hacia arriba, el verdugo toma un largo clavo puntiagudo y cuadrado que cerca de la cabeza tiene ocho milímetros de ancho. Lo coloca sobre la muñeca en el pliegue anterior, que conoce por experiencia: un solo martillazo y el clavo está fijo en la madera donde algunos golpes enérgicos lo afirman sólidamente.

Jesús no ha lanzado un solo gemido, su rostro se ha contraído horriblemente.

En el mismo momento su pulgar se coloca en oposición con la palma con un movimiento violento, imperioso: su nervio central ha sido tocado. Entonces comprendo lo que El ha sufrido: un dolor indecible, fulgurante".

No nos olvidemos de la Santísima Virgen en este Vía Crucis. Piensen que Ella es una sola cosa con Jesús, este es el momento del desposorio de la Virgen con Jesús. Si bien en la cuna de Belén está como Madre —también en la casa de Nazareth— aquí está como Esposa. Jesús y María constituyen una plenitud humana y ellos dos, en la sangre de Jesús y en la fecundidad virginal de María, engendran a los santos, aquí al pie del Calvario. Por eso. fue necesario que la Virgen Santísima estuviera al pie de la cruz.

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

Jesús fue llevado de Anás a Caifás y de Caifás a Anás, de Pilato a Herodes y de Herodes a Pilato. Allí en esa caterva de jueces recibió la sentencia exacta: la sentencia que pesa sobre nosotros, que pesa sobre todo hombre. Se lo juzgó de sedicioso y se lo juzgó de blasfemo; y todos nosotros, cuantas veces pecamos y sobre todo por el pecado original, y sobre todo por la aptitud que ha dado a nuestra naturaleza el pecado original, somos blasfemos y somos sediciosos: blasfemos para con Dios, porque usurpamos su trono y queremos ser dioses al querer comenzar en nosotros y ser principio de nosotros mismos y de nuestro destino: y somos seciosos, porque con nuestros pecados perturbamos el orden de las creaturas y las violentamos y queremos erigirnos en eje y en principio de ellas y todo lo encaminamos a nosotros produciendo así una horrible y espantosa subversión de valores, origen de nuestras idolatrías.

El Señor cargó con el juicio para que nosotros podamos ser verdaderos hijos de Dios y existir para dar gloria al Padre celestial. Por eso la petición del Padre nuestro propia de esta estación es la primera, la más alta: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre".

JESÚS CARGA CON LA CRUZ

El Señor carga con nuestra cruz. Alguna tradición dice que el Señor, cuando recibió la cruz, la abrazó y la besó. Es muy posible que haya sido así. ya que San Andrés, su discípulo, la saluda con tanta exultación. El Señor recoge lo que nosotros hemos tirado.

El pecado está compuesto de dos elementos: la culpa y la pena. Mientras nosotros queremos la culpa y tenemos horror a la pena y huímos de la pena, el Señor abrazó la pena y aborreció la culpa. Nos completó en el pecado, hizo la expiación que nosotros no queremos: nosotros nos justificamos a cada paso, todo lo explicamos y lo disculpamos, somos pobres bestias que tememos el látigo no sabiendo que mientras la culpa es nuestra la pena es de Dios. Invirtiendo el camino es como se puede rectificar el pecado y volver otra vez a los caminos de la santidad.

Es necesario que salgamos al encuentro de todo dolor, con impulso propio, voluntario, y que amemos la pena tanto cuanto hemos amado al pecado y nos gocemos cuando tenemos ocasión de expiar, y ya que no somos capaces de buscar grandes penitencias como las buscaron los santos, por lo menos hagamos de la necesidad virtud, y cuando nos visite una tribulación, una prueba, sepamos ante todo que nosotros somos los causantes de ella; no lo atribuyamos a esto o a aquello sino sólo a nosotros mismos y gocémonos de que el Señor nos visite cuando nos da la oportunidad de expiar nuestros pecados y pasar el purgatorio en la tierra.

En oposición a esa rebeldía a la pena, a los dolores, debemos de pronunciar con toda el alma, siempre, con nuestra vida entera, la segunda petición del Padre nuestro: "Venga a nos el tu Reino". Sólo por la puerta del dolor voluntario podemos retornar al Reino de Dios. En el dolor es necesario purificarse para poder entrar en el Reino de la beatitud perfecta.

JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

Jesús cayó porque caímos. ¡Cuánto nos ama! Nos busca y nos busca, si hay que hundirse en uno y otro abismo, se hunde para encontrarnos. ¡Cuánto nos ama! Y con tanto amor recubre con su inocencia nuestra culpa. Hemos caído aquella primera vez cuando nos ensalzamos hasta el trono de Dios: *"Rubén, no crezcas, te has atrevido a subir al estrado de tu padre, te derramarás como agua"* (Génesis 49, 3-4). Ésta fue la sentencia

que cayó sobre nosotros. Jesús, que es Hijo del Hombre viene a ocupar nuestro lugar y nos visita en nuestro abismo primero, cuando rompimos la justicia primordial. cuando no quisimos ser creaturas de Dios.

Tenemos que ir hasta el fondo de nuestra alma y sacar de allí ese fondo de maldición que está latente en nosotros y que adquiere vigencia en cuanto nosotros te somos de Cristo y fieles, día tras día. nada más que fe. a la revelación de Cristo. En cuanto nosotros no somos de Cristo en nuestra vida práctica, inmediatamente empieza a crecer y a reinar de manera espantosa el pecado original, y repetimos aquella actitud de Adán, de la cual se arrepintió con tantos largos años de penitencia. No dudemos que la actitud del pecado original está en todos nosotros en la medida en que no somos fieles al santo Bautismo y a los mandamientos de Dios.

Para remediar semejante caída, nada mejor que oponerle la tercera petición del Padre nuestro: *"Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"*.

JESÚS ENCUENTRA A SU MADRE

¡Qué estación espantosa! La Virgen Santísima encuentra a Jesús, así, de frente. Avanza este gusano, avanza nuestro hijo, el hijo de nuestra maldición. Se hizo maldito por amor a nosotros, cargó con la maldición que pesaba sobre nosotros.y está tomando nuestra figura y semejanza. Mira, Virgen, mi hijo, míralo. ¡Qué distinto al tuyo!, ¿verdad? Nos hemos olvidado de comer nuestro pan. ¡Cómo destruimos al hombre cuando no amamos a Dios! Qué horror si la Virgen no lo aceptara y me reprochara y me exigiera la tremenda deuda de que le devolviera a su Hijo, el suyo. Aquél que era el más hermoso de los hijos de los hombres. ¡Qué espantoso infierno irremediable para siempre! Mas, la Virgen lo ama con toda la plenitud de sus dones a este otro Jesús también y me recibe a mí también en esa llaga que acepta, en esa escupida que acepta, en esa contusión y en ese latigazo que acepta, y lo mete en sus entrañas y así me mete a mí. Y Cristo me ama más, porque también soy de María y María me ama porque ya soy Jesús, Jesús doliente, Jesús mi hijo. Y acepta también este hijo y quiere ser madre de todos nosotros, los llagados. ¡Oh consumación maravillosa del amor! Aquí sí que está la plenitud de la caridad, del intercambio de amores, y cómo se nutren el uno al otro, y cómo se hace mayor el mismo amor de Jesús al encontrarlo en María y cómo somos metidos así en el diálogo íntimo del amor de Jesús y María.

Digamos con nuestro corazón, sinceramente, pidiendo a María que nos enseñe a comer el pan, la Eucaristía, para que dejemos de ser este malvado inconsciente que todo lo destruye, que todo lo llaga, y lleguemos a ser hijos de Dios: *"El pan nuestro de cada día dánoslo hoy"*.

EL CIRENEO AYUDA A JESÚS

Aquí nos encontramos ya con una anticipación de frutos, un esbozo de lo que será la resurrección de las almas por la Pasión y expiación de Cristo. Aquí está ya el nuevo hombre, aquel que sabe hacerse justo y abrazar su cruz, porque esa cruz que lleva Jesús es mi cruz y Jesús no tiene cruz, no tiene por qué tener cruz, El recogió mi cruz. Y aquí está el hombre nuevo que al fin ve la verdad, iluminado por la verdad, y completa la pasión de Cristo, en todos los tiempos, a través de todos los tiempos, en esta pobre Iglesia crucificada Jesús, en esta pobre Iglesia deshonrada por sus hijos, vilipendiada por sus hijos, oscurecida por la ingratitud de sus hijos.

Estaremos de verdad convertidos cuando digamos con toda el alma la quinta petición del Padre nuestro, cuando sepamos perdonar de verdad para ser perdonados: *"Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"*.

VERÓNICA LIMPIA EL ROSTRO DE JESÚS

Esta estación completa la anterior. Aquí está la creatura magnífica, la creatura levantada por la gracia, la que da testimonio de que la tierra ha sido visitada, la que ya refleja la luz de la belleza de Cristo, y tanto, que es capaz de limpiar el rostro de Cristo. ¡Si llegáramos a hacer esto en medio de este mundo que tanto ha ensuciado al Hijo de Dios y al Hijo del Hombre!

Para estar todo el día v siempre y continuamente vigilantes, sin dormir jamás, desvelados, digamos la sexta petición del Padre nuestro: *"No nos dejes caer en la tentación"*.

JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

Y vuelve a reaparecer la Pasión de Cristo, y aquí en esta estación estamos nosotros. Segunda caída. Hemos caído con reincidencia en la confusión, hemos vuelto al pecado original de nuestro nacimiento y hoy estamos pagando las consecuencias de la confusión. Todo está subvertido, absolutamente todo. Si confías en tu mente, la mente que has recibido de este mundo, estás perdido. Todo ha sido prolijamente cambiado, sustraída la verdad con toda paciencia y obstinación. En cuanto pienses una cosa por tí mismo, estás perdido, allí está la grieta que aprovechará Satanás para llevarte al infierno. Cualquier principio de este mundo que aceptes, estás perdido, porque el sistema de confusión es total, el sistema de errores es total, el sistema de mentiras es total. No hay nada que se haya salvado, en otras épocas quedaba algo ileso, ahora nada.

Es admirable Satanás en su inteligencia, en su sensibilidad y en su obstinación. En cuanto el Señor tiene que dejar forzado una de sus casas, con cuánta premura Satanás se apodera de ella y empieza a hacer su labor transformando las verdades en idolatrías, atribuyendo a la creatura lo que es de Dios, cambiando totalmente la verdad por la mentira; este mentiroso, este gran y sutil mentiroso. Y no dudéis, que si no somos hoy fíeles a Jesús como nunca, estamos perdidos, todo será vano. Así, cualquier trabajo incipiente de salvación que hagas; tus sacramentos tomados de cualquier manera y según las condiciones del tiempo y de la época; tus oraciones hechas de cualquier manera en medio de mil ocupaciones, trabajos y negocios, tus verdades leídas en el Santo Evangelio en medio de mil aceptaciones de las doctrinas que hoy están en vigencia, todo eso, absolutamente todo eso, será inútil y no te espera otra cosa que el infierno, porque estamos sumergidos en un sistema total de mentiras, en un sistema total de falsedades.

Y para que veas bien lo que es eso, míralo a Jesús pringado de mugre y de estiércol y de restos de cadáveres, porque esta segunda caída fue cuando salía de la ciudad, y sabemos bien lo que eran las orillas de la ciudad, el basural. Cayó precisamente porque resbaló en estiércol, quizá humano, esa noche misma quizá alguno había echado sus detritus allí. Y El resbaló y su divino cuerpo cayó, y a las llagas se pegaron los restos de cadáveres, la basura y el estiércol.

Y el estiércol... más claramente: la mierda. Conoció la mierda del hombre.

¡Oh. claro que sí! En esta estación tenemos que con toda el alma y siempre la séptima petición Padre nuestro: *"Mas líbranos del mal"*.

JESÚS CONSUELA A LAS MUJERES

Estación dulcísima y terrible: el Señor consuela a mujeres. ¿Consuela a las mujeres? ¿Las consuela? La verdad siempre consuela porque esa advertencia que

duele libra del mal. ¿Es consuelo? *"No lloréis por mí sino por vosotras y por vuestros hijos porque vendrán días en que dirán bienaventuradas las estériles y vientres que no engendran y los pechos que no amamantan, y entonces comenzarán a decir a los montes, cubridnos. y a los collados, aplastadnos, porque si esto pasa en el árbol verde, qué no pasará en el seco"*. ¿Esto consuelo?

Multitud de enseñanzas hay en esta estación. La primera: que la Pasión no la tenemos que llorar en El sino en nosotros, que en cuanto nosotros lloramos nuestros pecados pasamos al gremio de las mujeres y de las almas benditas convertidas a Dios que fueron alivio de Cristo, pasamos al gremio de María y de José y de Nícodemo y de Santa María Magdalena, sobre todo de Santa María Magdalena.

Lo segundo que aquí vemos es el amor inmenso que nos tiene Jesús, porque olvida sus dolores, dolores de todos los infiernos padecidos en la intensidad de su capacidad para sufrir. Olvida sus dolores para estar mirando los dolores temporales de esas pobres mujeres cuando Jerusalén sea arrasada, *"y entonces comenzarán a decir a los montes, cubridnos, y a los collados, aplastadnos"*.

Y lo tercero que aprendemos es la admonición terrible: *"si esto pasa en el árbol verde —en El— qué no pasará en el seco"*. ¡Ten cuidado, hijo, de no llevar frutos de buenas obras porque siempre eres árbol árido y no servirás nada más que para el fuego!

No perdamos tiempo, pidamos con lágrimas la savia de la gracia para llegar a tener frutos de buenas obras. Aquí cabe, la petición cabal, la primera: *"Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre"*. Que lloremos nuestros pecados hasta convertirnos en creaturas puras y nuevas que con nuestra vida santifiquemos el nombre de Dios.

JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

La tercera caída de Jesús, que nunca dice "no puedo más", que nunca dice "basta". Aprendamos, cómo se las industria para sacar nuevos modos de padecer por nosotros y cubrir así toda iniquidad. Porque si cae por tercera vez es porque caímos nosotros por tercera vez y no sólo caímos, sino que estamos caídos en esa otra caída difusa, en esa caída que manifiesta nuestra

perversión, esa malicia nuestra de excusarnos siempre, esa malicia nuestra de que siempre tenemos razón, esa malicia nuestra de que siempre tenemos aptitud para juzgar y no para juzgarnos, esa malicia que es el último fruto del pecado, donde el pecado se hace perfecto, se cierra. Orgullo, confusión, malicia: los tres elementos constitutivos del pecado.

Y tanto nos amó —y aquí están también los fariseos cubiertos por su inocencia— que quiso caer por tercera vez para cubrir este abismo diluido de todos los días, esta excusa interminable, este "pero", que jamás muere este "pero" que siempre me da la razón a mí.

La petición mejor para curar tan grave llaga y mal que nos está lesionando a fondo y debilitando a fondo muestras fuerzas morales, es la segunda petición del Padre nuestro: *"Venga a nos el tu Reino"*.

JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

¡Y nunca dice basta! ¡Y siempre tiene ingenio y sabiduría para encontrar nuevas maneras de padecer! ¡Lo que habrá sido esta expoliación! Cuando le arrancan las vestiduras pegadas a sus llagas se reabren sus llagas, porque se reabren nuestras llagas cuantas veces reincidimos en el pecado. Tú,bautizado, tenías restañadas tus

llagas con el Bautismo y cuando pecas después del Bautismo una y otra vez reabres tus llagas. Y Cristo quiso padecer la pena de tus pecados y mira lo que eso le cuesta. ¿Cómo no murió acá? Era llagas de pies a cabeza, como dice Isaías profeta: *"No hay en El nada más que llagas, de pies a cabeza"*. Y los verdugos no son hombres para tener consideración, y riéndose se la arrancaron, así como tú también riendo vuelves a pecar, riendo, siempre pecamos riendo. Y esto cuesta tu risa.

¡Qué inmensa confianza nos da esta Pasión! Yo que vuelvo a caer y caer, aquí está mi lugar, esta sangre que vuelve a reaparecer es para mí.

Señor, ten piedad de mí y líbrame de ser reincidente, que me convierta de verdad y para siempre y dame tal abundancia de gracia para que no vuelva a caer en el pecado. Qué bien viene acá la tercera petición del Padre nuestro: *"Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"*.

CRUCIFIXIÓN Y MUERTE DE JESÚS

El suplicio llega a su fin. Jesús ha perdido su color y lo veo con sed, y le sirvo vinagre y le sirvo mirra y le sirvo hiel, y voy y corro y estoy preocupado y tengo muchos asuntos que tratar y lo dejo en su sed abandonado: *"Consumado es"*. Gracias, Señor, que has colmado la medida de la justicia de manera exhuberante. *"Consummatum est"*. *"Eloi, Eloi, lamma sabachtani"*. *"Dios mío. Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"*.

Y así lo tenemos también nosotros. Golpea, llama y nadie quiere las delicias de su corazón. Como nunca, estamos afuera de Cristo y afuera de los caminos de Cristo, disipados. Somos buenos, no hacemos mal a nadie, pero cuántas pequeñas maldades todos los días, pequeñas, muy pequeñas. No soy capaz de matar, pero soy capaz de pinchar. Esta soledad, esta incapacidad para amar, el peor de los crímenes. *"Consummatum est"*.

Y que todo este dolor total, Señor, sirva para mí, para resucitarme. Aunque esté muerto de cuatro días, ten compasión y llámame fuera del sepulcro como a Lázaro. *"Dios mío, Dios mío, en tus manos encomiendo mi espíritu"*. En cualquier tribulación y prueba y sobre todo en el momento magnífico y supremo de la muerte, digamos: *"Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu"*. Y aquí vienen exactas, para pedir una vez más la verdadera conversión, la cuarta y quinta petición del Padre nuestro: *"El pan nuestro de cada día dánoslo hoy y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"*.

JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ

¿Y qué. todavía nos queda orgullo? ¿Todavía nos queda amor propio? Mirad lo que le devolvemos a María. Podemos ya confesar convencidos de que hay en nosotros una fuerza de muerte, este pecado, este pecado metido en nuestras entrañas que pasa a través, primero de nuestro entendimiento y luego de nuestra boca y de nuestras manos, cauterizando todo, hiriendo todo.

Si no miradlo: ¡Qué cosa le devolvemos a María! ¡Qué despojo espantoso! ¿Todavía te queda orgullo? A ver si grabas bien este espejo en tí, y cuantas veces tengas movimiento de amor propio acuérdate de su imagen, de la imagen que tú eres capaz de darle a Jesús.

Con cuánta verdad la oración acertada aquí va a ser la sexta petición del Padre nuestro: *"No nos dejes caer en la tentación"*.

JESÚS ES COLOCADO EN EL SEPULCRO

Si por lo menos fuéramos capaces de darle un sepulcro del todo nuevo, si cuando comulgásemos fuéramos capaces de darle a Jesús un sepulcro del todo nuevo que no resistiera a su resurrección, que Jesús pudiera hacer su obra en nosotros, germen divino, semilla divina, y que nos transformara de etapa en etapa, de edad en edad espiritual, hasta que realmente manifestáramos el Reino de Dios a los hombres. Manifestáramos, diéramos testimonio con nuestra presencia de que realmente hemos comido a un Dios.

Tengamos cuidado, somos más duros que las piedras. Comulgamos y seguimos siendo Juan y Pedro y volvemos a comulgar y seguimos siendo Juan y Pedro y volvemos a comulgar y nunca se lo ve a Jesús. Tengamos cuidado, estamos sumamente distraídos, hay muchas bagatelas en las cuales entretenerse. Son muy graves mis proyectos, y mientras tanto ahogamos a Jesús como no lo ahogaron las piedras que al tercer día. verídicas y sumisas, se abrieron para dejar paso al Resucitado. ¡Si fuéramos capaces de ofrecer por el arrepentimiento y la conversión verdaderos un sepulcro del todo nuevo al Señor, para que haga su obra en mí y al fin resucite en mí!

Qué bien viene aquí la séptima petición del Padre nuestro: "Mas líbranos del mal". De las raíces del mal, de esta inclinación al pecado, de este pecado metido en mis entrañas. Quítamelo por una perfecta fidelidad de todo minuto. Señor, que sea celoso de mi alma, la única, que vale más que el universo entero sensible, que sea celoso de mi alma y no le conceda al enemigo ni un minuto de mi tiempo, de esta inmensa oportunidad de convertirme por lo menos en un sepulcro del todo nuevo para que tú, semilla divina, enterrándote en mí puedas dar germen y el ciento por uno.

CONCLUSIÓN

Amados hermanos míos: han querido escuchar la verdad, han querido escuchar la Palabra de Dios y la Palabra de Dios es para vivirla. La Palabra de Dios no es palabra, la Palabra de Dios es causa de la verdadera vida, y yo les exigiré, yo las juzgaré y los juzgaré. Lo que han escuchado tienen que ponerlo en práctica.

Recemos a la Santísima Virgen para que nos auxilie con su protección y nos consiga la gracia de ser fieles a lo que hemos escuchado.